

La economía de la Venezuela post-rentista

Asdrúbal Oliveros y Jesús Palacios

Frente al reto de la Transición Energética todos los países están revisando sus estrategias nacionales para promover un desarrollo sostenible, apoyados en el crecimiento económico con inclusión social dentro de condiciones ambientales sustentables.

Venezuela dispone de una amplia gama de fuentes energéticas adicionales al petróleo y el gas, y fuentes alternativas de obtención de recursos que le permitirían implementar exitosamente su Transición Energética y aprovechar las formidables oportunidades de desarrollo sostenible que ésta ofrecerá a todo el planeta, si se aplican las reformas políticas adecuadas para incentivar estos procesos. Pero, simultáneamente, también está obligada a tomar provisiones ante las impostergables consecuencias que dicho proceso tendrá en su economía tradicional, la rentista y dependiente del petróleo.

La economía venezolana depende principalmente de las exportaciones de petróleo y sus derivados al resto del mundo, cuya magnitud tenderá a disminuir a medida que decaiga la demanda global de hidrocarburos como inevitable efecto de la Transición Energética. En ese sentido, más allá de las condiciones de oferta petrolera venezolana, de acuerdo a estudios de British Petroleum, la empresa de energía con una amplia unidad de investigación dedicada a evaluar las perspectivas del sector, la demanda de petróleo caerá entre un 40-50% en los próximos años, acelerando su caída a partir de 2030.

Evolución de la demanda global de petróleo en millones de barriles al día (2000-2050)



Fuente: British Petroleum (BP) y Ecoanalítica

En consecuencia, nos veremos obligados a realizar un complejo reajuste de nuestra economía productiva, que permita generar ingresos externos y dinamismo interno suficientes para retomar un ritmo de crecimiento sostenido y detener el incremento de la pobreza agudizado en los últimos años de crisis, además de adaptar nuestro sistema de aprovisionamiento de energía interna a nuevas fuentes que permitan generar verdaderas condiciones de mejora en la calidad de vida y desarrollo económico.

Sin embargo, en el corto plazo habrá que recuperar la eficiencia, la capacidad de producción y las redes comerciales de la industria de hidrocarburos, luego de una contracción de casi el 80% respecto a la producción promedio del período 2014-2016, con una paralización completa de los pozos de perforación que limitan mucho la capacidad de aumentar la producción rápidamente. Para ello es importante alinear los ricos yacimientos que poseemos, el talento humano diluido en todo el mundo y aprovechar la experiencia internacional construida, con cambios institucionales profundos a los fines de aprovechar la “ventana de tiempo” disponible antes de que concluya la Transición Energética.

Este proceso demandará cuantiosas inversiones, que implicarán un cambio estructural en cómo se viene manejando el estado, dado que estas inversiones dependerán fundamentalmente de inversionistas privados, nacionales y foráneos, requiriéndose, por lo tanto, recuperar su confianza en nuestras instituciones a través de reformas y políticas públicas adecuadas, y generar verdaderos incentivos fiscales, en la promoción de un plan de emisiones de carbono netas de cero, como muchos de los países de la región ya han venido trabajando¹.

Siempre que instrumentemos en el corto plazo una institucionalidad y unas políticas públicas apropiadas, contaremos con tres herramientas claves para lograr en el mediano-largo plazo la diversificación requerida de nuestra producción y nuestras exportaciones:

El aprovechamiento de las múltiples “externalidades” que tienen las actividades de la industria de hidrocarburos, el cultivo de los talentos de nuestra gente, y el fomento activo de un moderno Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación.

El momento actual, afectado por el contexto de guerra

El conflicto entre Rusia y Ucrania continúa, y Venezuela, al igual que el resto de la región latinoamericana sigue sufriendo sus consecuencias, y sus efectos positivos y negativos para sus economías. Por un lado, los precios petroleros globales se mantienen altos, debido a la incertidumbre que genera el conflicto en la oferta global, y el sostenimiento de la demanda en niveles elevados, ralentizando los esfuerzos por el cambio climático ante el déficit energético en Europa y EE.UU.

En el caso de Venezuela, esta situación ha llevado, según nuestras estimaciones, a un incremento en 64.5% de la cesta petrolera venezolana durante el primer semestre. Tales presiones han supuesto un alza en los ingresos generados por el país en materia petrolera, los cuales pudiesen alcanzar unos USD 18.000 millones para el cierre de 2022 (casi triplicando los de 2021) incluso bajo un escenario en el cual la producción petrolera se

¹ 120 países tienen o están en discusiones de su objetivo de cero emisiones para 2050.

mantenga en promedio en unos 680.000 b/d, un 78% por debajo del promedio entre 2014 y 2016. A pesar de los bajos niveles de producción, el gobierno verá una importante mejora en su flujo de caja con los ingresos petroleros que alcanzan un 86% de los ingresos totales del Estado, y la recaudación el restante, un poco más de USD 4.000 millones.

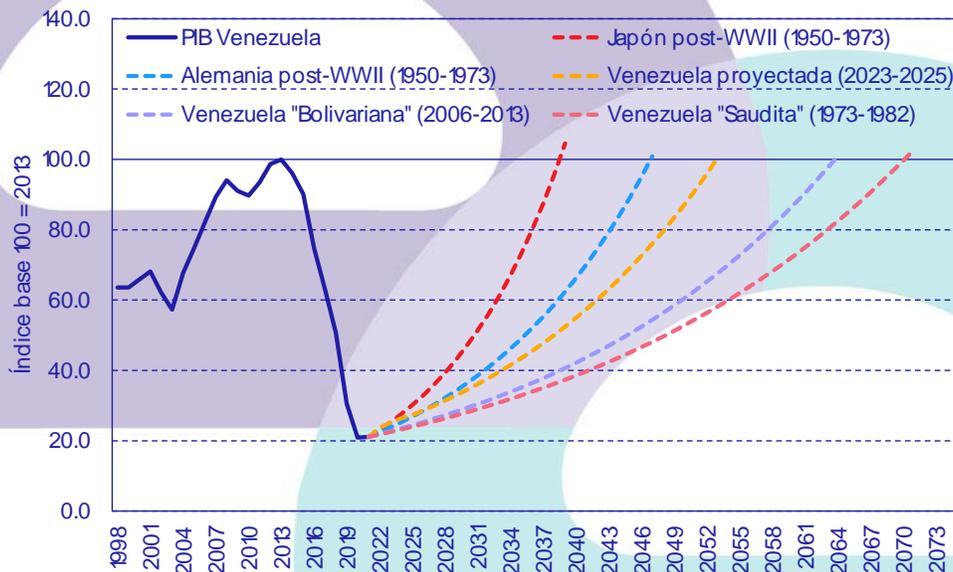
Sin embargo, tanto el marco de sanciones, como las limitaciones impuestas sobre la economía rusa en medio del conflicto actual, siguen afectando los mecanismos mediante los cuales el Ejecutivo percibe tales recursos. Tales aspectos repercuten en la forma en cómo el mayor auge energético global promueve (y promoverá) una mayor reactivación de la economía venezolana, y nos aleja de las soluciones vinculadas a los cambios en la matriz energética global. En ese sentido, de los más de USD 18.000 millones que entrarían a las arcas públicas al cierre de año, resultaría un saldo externo neto de USD 4.000 millones lo que contrasta con lo visto en lapsos previos, siendo las importaciones el principal rubro al cual se desviarán una gran proporción de esos recursos, así como las intervenciones cambiarias que estarán por el orden de USD 3.000 millones en 2022, una política cada vez más costosa para mantener relativamente apreciada nuestra moneda.

En lo negativo, este nuevo entorno externo también ha supuesto mayores presiones sobre la estructura de costos de las firmas que operan en el país. En ese sentido, tanto las limitaciones que aún muestra el comercio internacional por las consecuencias dejadas por la pandemia, como las fricciones en la oferta de materias primas y fertilizantes relacionadas a la invasión rusa a Ucrania, la mayor inflación externa y los crecientes costos del endeudamiento en mercados internacionales comienzan a afectar a los negocios locales. No en vano, las propias cifras oficiales del BCV reportaron un repunte de la inflación de alimentos entre en el segundo y tercer trimestre, uno de los rubros más expuestos a la nueva dinámica de los *commodities*, además de mayores precios en los servicios educativos y el sector de restaurantes, lo que lleva dinámica de precios en dólares en 2022 casi un 50% más costosos en promedio, que al cierre de 2021.

A pesar de ello, los hogares y empresas domésticas continuaron gastando por encima de lo visto previo a la pandemia, un hecho apoyado en parte por las mayores visitas a los venezolanos a centros de consumo según los datos de movilidad de *Google*. Ello hace suponer que la reactivación del mercado local parece ir más allá de una recuperación post-COVID, aunque ello no signifique que sea sostenida o de base amplia, es decir, que tenga un amplio alcance social, dado que está supeditada sobre todo a un alcance comercial.

Con este escenario, desde Ecoanalítica anticipamos que la economía venezolana crecerá un 9,0% en el 2022 y 3,9% en el 2023, impulsado por las mejoras en el ámbito petrolero con efectos en distintos sectores de la economía, y con un negocio privado, particularmente un auge del 14% en el sector comercial, enfrentando mejores condiciones, y crecimientos positivos del consumo en los próximos cuatro años, en parte por ciertas mejoras salariales. Sin embargo, de mantenerse las condiciones base actuales esperamos una ralentización del alza en el consumo que se traducirá también en un crecimiento desacelerado para los próximos años.

PIB real de Venezuela con crecimiento de "milagros económicos"



Fuente: Ecoanalítica.

Sin embargo, tanto las fallas operativas y financieras que aún enfrenta la industria petrolera local como las limitaciones que rodean al ámbito no petrolero (insumos más caros, costos en las transacciones con divisas y falta de financiamiento) nos hacen pensar que el auge del mercado debe tomarse con optimismo, pero con cautela. En ese sentido, cualquier recuperación de la economía, a los niveles previos a la crisis iniciada en 2014, tomaría unas dos décadas en ocurrir, bajo el esquema económico actual.

Por esta razón, el reto pasa por pensar en una economía más allá de las condiciones actuales, coyunturalmente beneficiada por el 'boom' de precios del petróleo, que gane en competitividad y productividad, y apueste por nuevos sectores con ventajas competitivas y el desarrollo de nuevas ventajas comparativas en distintas industrias, a través de la generación de un marco normativo que promueva las inversiones en el país asociadas a la nueva matriz energética global, o que permita incorporar nuevas industrias a las claves del crecimiento potencial del país.

El mediano plazo: Aprovechar la “ventana de oportunidad” con las ventajas comparativas del país, en materia energética

Es claro que, más allá del crecimiento moderado que genera la mayor rentabilidad actual de la industria petrolera entre los factores externos, así como un mayor dinamismo del sector comercial entre los factores internos, el impacto de este repunte, es aún limitado para solventar la mayoría de los problemas que enfrenta el país, y que requieren transferencias directas e inversiones en infraestructura de salud para solucionar la emergencia humanitaria compleja que considera a 7 millones de venezolanos, una renegociación de la deuda por los USD 127.200 millones que ha incumplido la República desde el default de 2017 a un amplio grupo de acreedores, o la crisis de productividad causada también por la ineficiencia del Estado como proveedor de servicios públicos; todos, problemas estructurales que se deben solucionar en la economía venezolana para avanzar hacia una verdadera fase de crecimiento amplio y sostenido.

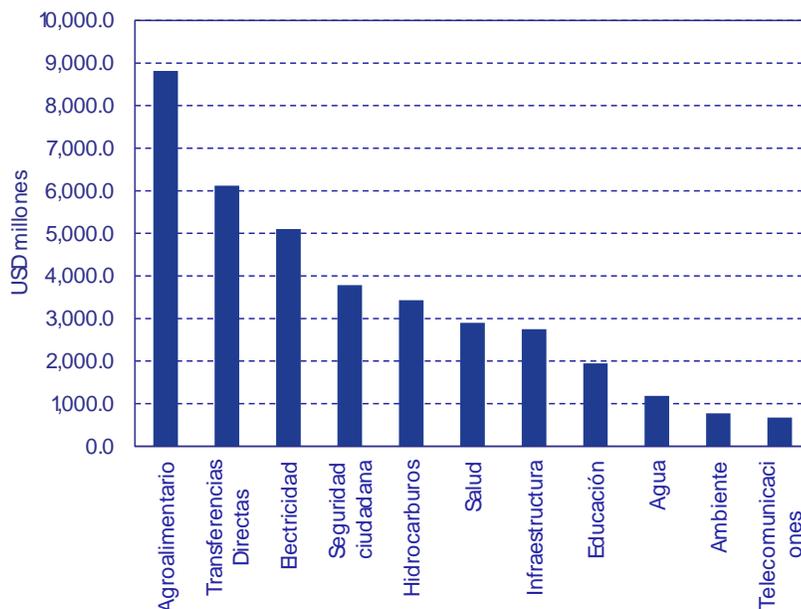
En ese sentido, aunque el levantamiento o flexibilización de sanciones sigue sin ser un paso fácil, por los costos políticos que implica para cada parte; la dinámica de precios actual, y la compleja situación en la que se encuentra el

sector energético de Rusia frente a las nuevas sanciones impuestas por Estados Unidos, pueden renovar incentivos para buscar acuerdos que beneficien el levantamiento de la producción venezolana con la participación de empresas occidentales que disminuyan la opacidad en las operaciones de PDVSA, y redistribuyan la producción a mercados occidentales para contrarrestar el déficit energético que enfrenta ahora Europa.

Pero no se puede ser ingenuo e ignorar que para que eso sea factible hay que abordar el problema de fondo: una política que ayude al establecimiento de acuerdos que contribuyan en la generación de un verdadero clima de seguridad jurídica y liberalización de la economía, y que permitan avanzar hacia una reestructuración de los compromisos de la República con los acreedores con la asistencia de organismos multilaterales, así como una verdaderamente masiva atracción de inversiones; medidas a las que siempre debe anteponerse la atención de la emergencia humanitaria como un elemento inicial fundamental.

Ahora, aunque en buena medida el problema parece estar en los incentivos y los actores con los que contamos para alcanzar acuerdos que permitan avanzar con esas medida; cada una de ellas esenciales para que el país transite una senda hacia el crecimiento sostenido; con accesos a los recursos para cubrir los requerimientos de inversión en el primer año, y salvando los compromisos con acreedores extranjeros, en unos USD 38.000 millones para recuperar parte del aparato productivo y la capacidad operativa de los servicios públicos y el capital humano del país a través de inversiones en gran escala, y transferencias directas para los segundos, solo así el país podrá superar el “techo” de crecimiento actual, y recomponer la economía hacia el desarrollo de nuevos sectores económicos: dentro del sector energético, y fuera de él.

Requerimientos de inversiones por sector en el primer año de cambios de políticas



Ecoanalítica y BID

Sobre el sector energético, como se muestra en varios de los gráficos acá descritos, todavía existe una ventana de oportunidad, especialmente vigente en la actual década, a fin de maximizar tanto la producción de petróleo como la de gas natural, de manera eficiente, desde el punto de vista tanto de bajos costos, como de bajas emisiones de dióxido de carbono, limitando el impacto medioambiental². Este tendría que ser un pilar fundamental en la estrategia energética de Venezuela en los próximos años, entiendo que, aunque perderá peso en el total de ingresos en divisas del país, la ventaja comparativa a la hora de evaluar al país sigue estando en lo intensivo que es nuestra economía en hidrocarburos, entendiéndolo que el rol del gas natural seguirá siendo relevante en la matriz energética de la transición, toda vez que es un elemento clave para la generación del “hidrógeno azul” que en su realización separa al CO₂ para que no cause impacto sobre la atmósfera. Por lo que una tarea inmediata para el país, pasa en buena medida por generar eficiencia en el aprovechamiento de dichos recursos.

² Venezuela y la transición energética (Baquero, G. (2020)) para la página web Prodavinci.

Evolución de la demanda global de gas en Bcm (2000-2050)



Pero, más allá de hidrocarburos, es una realidad que Venezuela también cuenta con abundantes fuentes de energía renovables como son las fluviales (energía hidroeléctrica), viento (energía eólica) y radiación solar (energía solar). Esta abundancia permite economías de escala y, en consecuencia, bajos costos de producción.

Aprovechando tanto las vastas reservas de gas natural y abundantes fuentes de energía renovable (hidroeléctrica, eólica y solar), Venezuela podría ser un importante productor de hidrógeno con capacidad de exportación a escala global. Y actualmente, el uso principal del hidrógeno es para procesos industriales (producción de amoníaco, metanol y productos refinados), pero es también un poderoso combustible (usado para los cohetes espaciales) cuya emisión es simplemente vapor de agua. Numerosos países en Europa (Alemania, Holanda, Reino Unido), en Asia (Japón, China, India) y el medio oriente (Arabia Saudita) han iniciado programas estratégicos para la producción y consumo de hidrógeno como combustible.

Dentro de las opciones energéticas, una última alternativa, vinculada a los temas necesarios como parte de la transición, está en algo en lo que varios de

los países oferentes actualmente de energía están considerando, como es el caso de Noruega, concentrar esfuerzos en el almacenamiento de CO₂, como opción para sustituir la dependencia de sus reservas energéticas, con demanda por almacenar la concentración de los excedentes de carbono de otros países.

En ese sentido, importantes expertos en el área (Barquero, 2020), han mencionado que la diversificación económica del país debería pasar por la diversificación energética. La maximización de la producción petrolera y gasífera, la recuperación y expansión hidroeléctrica, el desarrollo de energías renovables, y la producción de hidrógeno, permitirían el desarrollo de una nueva infraestructura en todo el país, atracción de inversiones, creación de nuevas empresas, nuevas fuentes de empleo e innovación tecnológica.

Como hasta ahora Venezuela no ha trabajado en construir alternativas al petróleo en el ámbito económico, cualquier transición que disminuya el peso del petróleo como combustible o energía va a ser una complicación para el crecimiento potencial del país. Lo que nos debe obligar a que como nación petrolera es un tema que tenemos que pensar con urgencia. Y, sin embargo, según una encuesta reciente de More Consulting, 30,5% de los venezolanos creen que el petróleo nunca será sustituido y 21,9% cree que esto sucederá dentro de más de 20 años.

Ahora, más allá de estos puntos, factibles por aprovechar las ventajas comparativas del país, y la necesidad de generar ventajas competitivas para aprovechar la nueva matriz energética, fundamentalmente regulatorias, este trabajo busca establecer algunos retos del futuro que asumir, como la posibilidad de diversificar la dependencia del país en una economía más allá de los temas energéticos, que están directamente asociadas a las mejoras en la productividad, y que si permitirían aspirar a un mayor crecimiento potencial para el país.

La transición energética: la migración hacia nuevas fuentes de ingresos

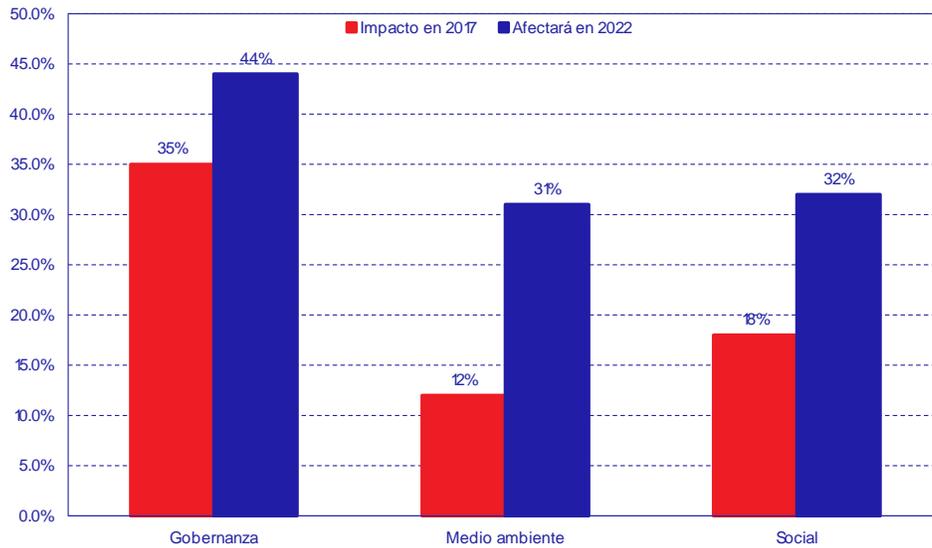
Como mencionamos en la introducción, la evidencia científica permite deducir que, por las crecientes concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera producidos por el hombre, en las próximas décadas probablemente se intensifiquen gradualmente los efectos del cambio climático, de los cuales ninguna región o país será inmune. Sin embargo, algunos países estarán más expuestos que otros, y ello implicará nuevos desafíos globales y grandes costos para garantizar la seguridad energética, la disponibilidad de recursos hídricos, la salud humana y la seguridad alimentaria, entre otros.

En ese sentido, el pronóstico de los efectos del cambio climático está impulsando un cambio político y social en muchos países, corporaciones y ciudades, en torno a la necesidad de avanzar en una transición energética que minimice las emisiones de carbono. Más de 120 países están discutiendo, y definiendo políticas públicas sobre objetivos de cero emisiones en el largo plazo (2040-2050).

Varias corporaciones que cotizan en la Bolsa de Valores han declarado su ambición de cero emisiones y en su estimación de riesgos ya muestran indicadores de sostenibilidad. Por esto, es previsible que en el mediano plazo surjan exigencias regulatorias de penalizaciones a los productores que cuenten con emisiones de CO₂ o incentivos fiscales para promover a los que reduzcan sus emisiones de CO₂, de tal forma que la producción de bienes y servicios sean descarbonizado, y en consecuencia, eso condicionará el financiamiento de la banca privada y multilateral al cumplimiento de requisitos referentes a indicadores de sostenibilidad, tanto para los privados como para el sector público.

En ese contexto, los productos y servicios que producimos y planeamos producir o exportar para generar riquezas en el futuro, deberán cumplir con los compromisos de transición energética (tales como los criterios ESG (por sus siglas en inglés de: Environment, Sostenibility and Governance)) como requisito imprescindible para operar en el mercado y tener acceso al capital.

Impacto de las iniciativas ESG en precios de los activos financieros



Ecoanalítica, Instituto CFA y ONU.

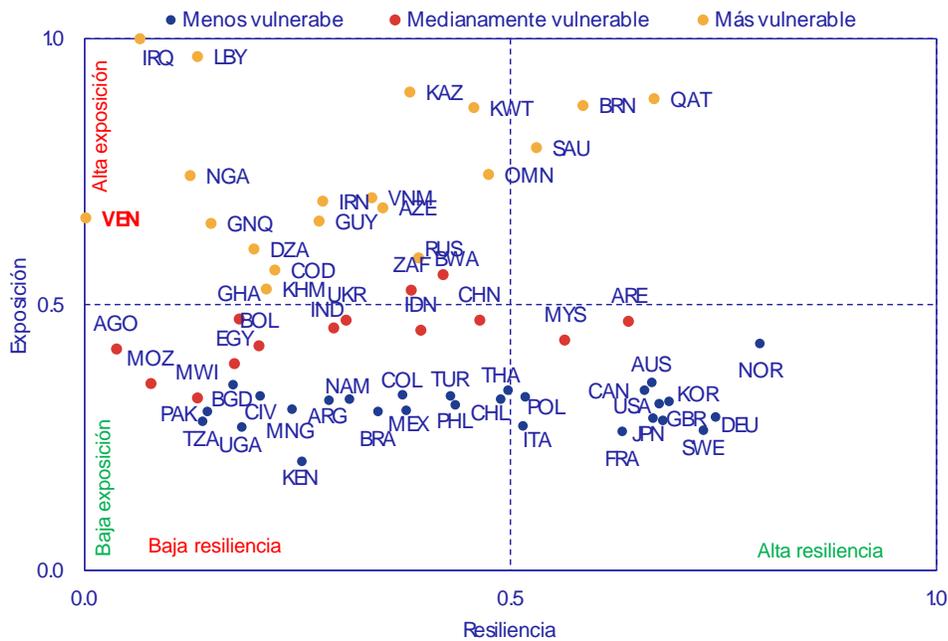
Y eso se alinea con que, desde el sector energético mundial, hay un horizonte claro para el año 2050 establecido en el Convenio de París (2015) para frenar el cambio climático, sustituyendo los combustibles fósiles (carbón, petróleo y gas) por electricidad producida básicamente con energías renovables.

Las energías renovables como la solar y la eólica, así como las baterías, están comenzando a remodelar el panorama de la energía eléctrica en medio de un cambio político y social que impulsa a nivel mundial el uso de energías renovables y los compromisos de des-carbonización de las economías como parte de la agenda global ante el cambio climático.

No hay duda de que los combustibles fósiles han impulsado la industrialización y desarrollo económico de muchos países desarrollados y de los países petroleros. Es probable que la transición hacia energías renovables intensifique el desafío de la seguridad energética basada en combustibles fósiles, en particular, por la reducción de los niveles de financiamiento a proyectos de energía de combustibles, fomentado además por la reducción progresiva de los costos de instalación y mantenimiento de las tecnologías renovables como la solar, la eólica, y las baterías que se están haciendo más rentables, incluso en ausencia de subsidios.

En muchos países, incluyendo Venezuela, una de las barreras principales para fomentar la transición energética es la falta de voluntad política para pasar de los combustibles fósiles a las energías renovables. Esto nos ubica como una de las economías con menor resiliencia y mayor exposición frente a una transición energética. A ello se le suma los enormes recursos en gas y petróleo que aún no han sido explotados, una oportunidad de mercado que los actores políticos no quieren perder. Sin embargo, el gas, por ejemplo, podría representar una oportunidad para contribuir a la mitigación del cambio climático y a la seguridad energética mundial a través de la reinversión del modelo de negocio energético en el cual se hace la producción del hidrógeno (antes mencionado como “hidrógeno azul”) a partir del gas metano -CH₄-, que podrían generar un producto competitivo.

Vulnerabilidad económica de combustibles fósiles a transición energética



Peszko et al. (2020) Banco Mundial y Ecoanalítica.

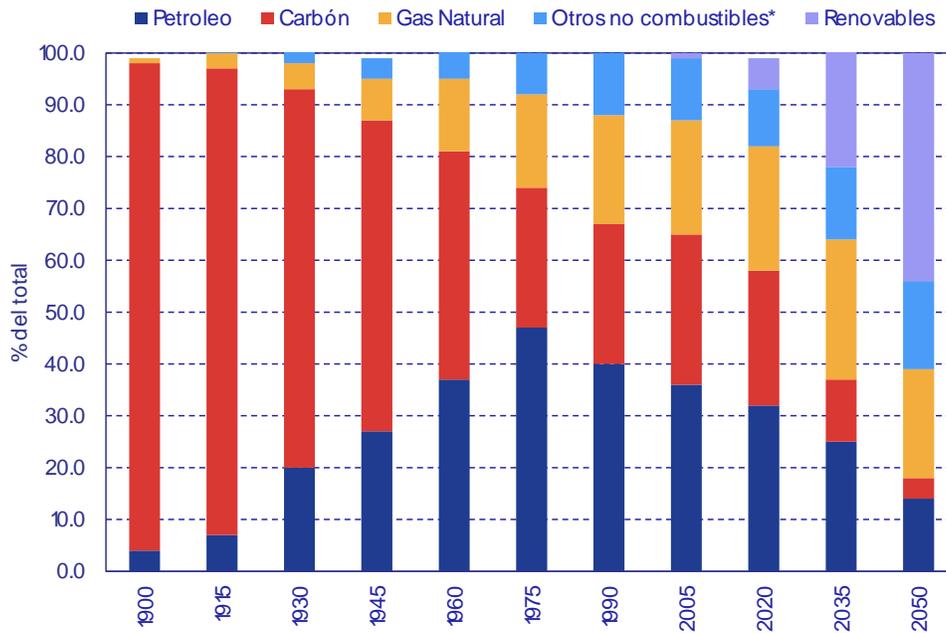
En todo caso, Venezuela deberá establecer objetivos y estrategias para aumentar el componente de energías renovables en su matriz energética, rehabilitar su potencial de producción de energía hidráulica y fortalecer la producción eficiente de energía basada en gas, seguramente acompañadas de

políticas e inversiones de captura de carbono para alinearse con los esfuerzos globales de reducción de gases de efecto invernadero. Vale agregar aquí que la explotación de los recursos renovables podrá depender más de la participación del capital privado, en contraste con las inversiones en las no renovables, siempre que se logre una regulación moderna y competitiva del sector energético que permita atractivos niveles de rentabilidad a los actores privados, lo que cambiaría estructuralmente el rol del estado en relación a las fuentes energéticas.

En general, el uso global de energía está cambiando de combustibles fósiles al uso de recursos no fósiles, aunque hay visiones opuestas de los sistemas energéticos del futuro. Con respecto a esto, se sostiene para Venezuela una discusión en torno a la necesidad de seguir promoviendo incentivos para la recuperación de la industria petrolera venezolana, frente a la necesidad de apuntar la mirada hacia esquemas sustentables de pequeña escala con ubicación cercana a los demandantes de bienes y servicios. La posibilidad de la economía dual, propuesta por la Dra. Carlota Pérez, en donde coexistan esquemas urbanos y rurales, parece explicar el carácter no excluyente de esa discusión.

A pesar de que las discusiones globales están hoy más concentradas en el diseño y generación de nuevos modelos de negocios sostenibles, en Venezuela la necesidad empieza por realizar una adecuada difusión de la utilidad de aplicación de prácticas en el marco de iniciativas ESG y el estudio de las potencialidades de adopción de soluciones sostenibles a lo largo de la cadena de valor de las empresas en algunas de las industrias claves del país y en los nuevos emprendimientos, a través de enfoques de eco-innovación y eco-diseño apoyados en las nuevas tecnologías.

Evolución de la matriz energética global



Ecoanalítica, BP

El principal reto de la economía post-rentista: la competitividad

Ahora, más allá de los temas energéticos, y precisamente las complejas situaciones por las que ha pasado Venezuela con la contracción económica sin precedentes que ha enfrentado, hay elementos estructurales en nuestra economía que afrontar y que tienen que ver con la baja competitividad de nuestros productos, y en los que la tecnología está llamada a ser una aliada. En ese sentido, la transformación digital está obligando a cambios en todo el mundo: la naturaleza de los mercados y los productos; la forma de producir, de entregar y de pagar; la escala de capital para operar a nivel mundial y las necesidades de capital humano. También, está impulsando la productividad, exponiendo a las empresas a nuevas ideas, tecnologías, nuevos modelos de gestión y de negocio, y creando canales de acceso al mercado. Todo ello a un coste relativamente bajo, aunque eso siempre dependerá del mercado. No es exagerado predecir que las empresas confiarán cada vez más en la inteligencia artificial tanto para las rutinas básicas como para las tareas más complejas.

En economía se suele medir la tecnología a través de la productividad total de los factores de producción, que mide cuánto varía el producto si se mantienen sin cambios el trabajo y el capital. Cuando esta aumenta, la misma cantidad de capital y trabajo permiten producir más del *output* que antes. Entonces, en el lenguaje económico, la tecnología es uno de los factores de producción que incide en la productividad y eficiencia en la producción de bienes y servicios, dado un nivel de *inputs*, lo que explica las ventajas de trabajar en ajustes que mejoren el rendimiento o productividad de los activos y el capital humano en Venezuela.

Ahora, cabe la pregunta, ¿En Venezuela la sociedad empresarial avanza en ese camino? Un estudio aplicado por Ecoanalítica a los más altos niveles gerenciales de 30 empresas en siete sectores claves de la economía venezolana a finales de 2021, arrojó que la mejor descripción con la que ellos asocian la tecnología es con “herramientas que permiten optimizar recursos y procesos”. Siendo así, no debemos asumir la tecnología como un término asociado a los equipos tecnológicos y los tecnólogos, sino más bien como un mecanismo de optimización de recursos y procesos, capacitación técnica, desarrollo de sistemas e integración; y en general, como una herramienta generadora de eficiencia.

Sin embargo, las condiciones del contexto local imponen algunas dificultades en la aplicación para la inversión en soluciones tecnológicas que mejoren la competitividad de nuestras empresas. Una aproximación desde el PIB per cápita, que divide el tamaño total de la economía entre su población, y es considerado un indicador de productividad macroeconómico, dimensiona la dramática realidad: una contracción de 86,2% desde 2014 hasta 2020.

Por esta razón, la inédita crisis vivida en Venezuela desde el 2014 ha llevado a un deterioro sostenido en términos de beneficios empresariales e ingresos personales, hasta el punto de convertirnos en el país con la menor cobertura promedio sobre la canasta básica alimentaria de la región con apenas 17%, en contraste con el 60% promedio de la región. Esto implica adaptarse a unas dinámicas de consumo muy distintas a las de hace diez años (y menores retornos a las empresas para financiar inversiones en bienes de capital o

tecnología), pero también a las de hace tres años, momento a partir del cual, hemos visto una recuperación moderada de la capacidad de consumo, por el levantamiento de controles de precios y de cambio, y el avance de la dolarización.

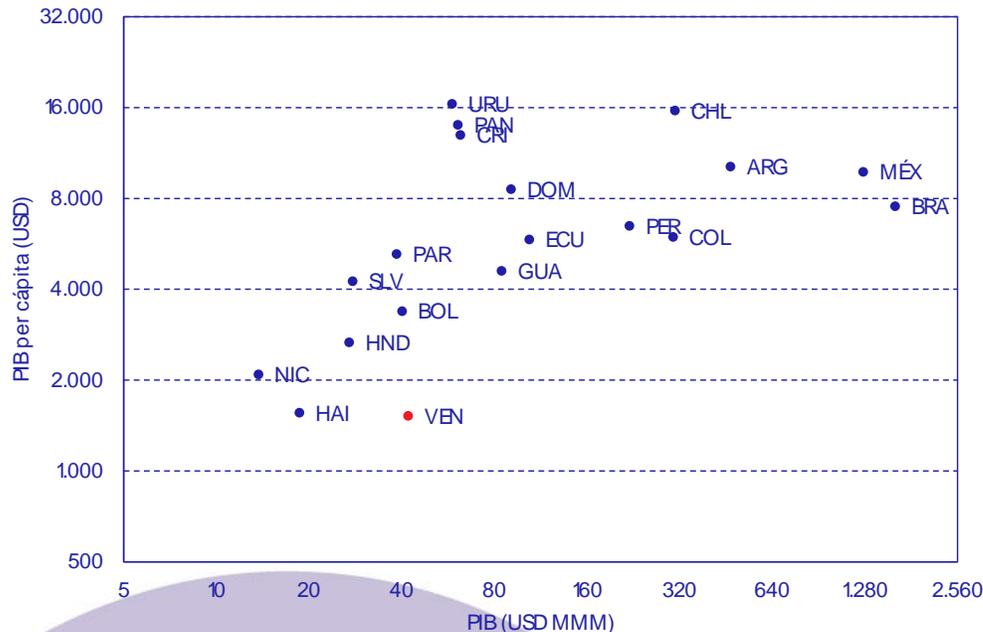
Dicho leve dinamismo de la actividad, evidenciado en las proyecciones de crecimiento del sector comercial y el consumo privado, de los que esperamos un repunte moderado en los próximos 4 años, también se observan en un aumento relativo del indicador de PIB per Cápita de 12% acumulado entre 2021 y 2022, pero que aún nos deja muy lejos de los máximos de 2012, de hecho, un 84% por debajo.

Un problema real: es vital ganar en productividad

En este contexto para las empresas venezolanas las ganancias en eficiencia en la generación de los bienes y servicios que proporcionan al mercado pasan de ser un elemento que genera valor agregado y es diferenciador en el modelo de negocios, a un factor vital para operar.

Venezuela hoy es una economía, que por sus condiciones debe compararse a Honduras, Bolivia, Paraguay o El Salvador en términos de tamaño total. Mientras que, en términos de productividad, a través de la estimación de contribución al PIB per cápita, se encuentra en niveles similares a Nicaragua, y, por debajo de Honduras y Bolivia, lo que nos deja en la retaguardia regional para ambos indicadores. No obstante, de acuerdo a estimaciones hechas por Ecoanalítica, las potencialidades locales, y una inversión significativa en elementos generadores de eficiencia (tecnología y capacitación humana), nos pueden llevar a un aumento de la productividad hasta niveles similares a Guatemala y Ecuador en unos cinco años.

PIB y PIB per cápita en América Latina (2021)



*Nota: Se toma la tasa de crecimiento anual implícita de cada episodio histórico y se asume constante, sin recesión de por medio.
Fuentes: BCV y Ecoanalítica.*

BC de cada país, y Ecoanalítica

En este sentido, la literatura académica³ habla de que los países con altas inversiones tecnológicas son capaces de mejorar la productividad total de los factores, y por ende bajar el *cost ratio* de producir bienes. A efectos del artículo, consideraremos las inversiones en tecnología, como ganancias en eficiencia, y que, a su vez, estas facilitan a las compañías mejorar su competitividad y desempeño en la industria a la que pertenecen.

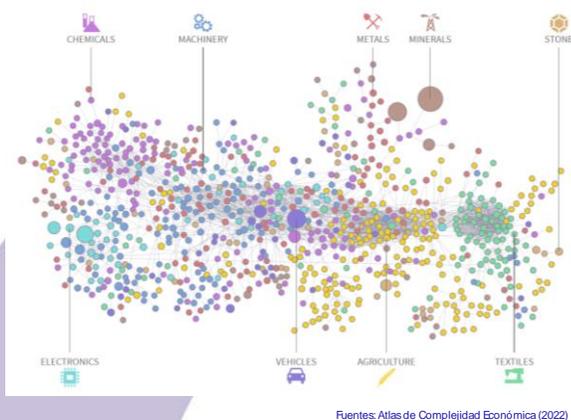
En este sentido, estudios hechos por Ecoanalítica, y el Atlas de Competitividad de Harvard, han permitido elaborar un gráfico de espacios productivos que muestra la interconexión de 900 productos exportables que forman la red de diversificación. En los gráficos de abajo se observa a mano izquierda una economía desarrollada con alta diversificación y complejidad de sus bienes exportables, y al lado derecho, Venezuela, la economía menos compleja de

³ Novotná, M., Volek, T., Rost, M., & Vrchota, J. (2021). Impact of technology investment on firm's production efficiency factor in manufacturing. *Journal of Business Economics and Management*, 22(1), 135-155.

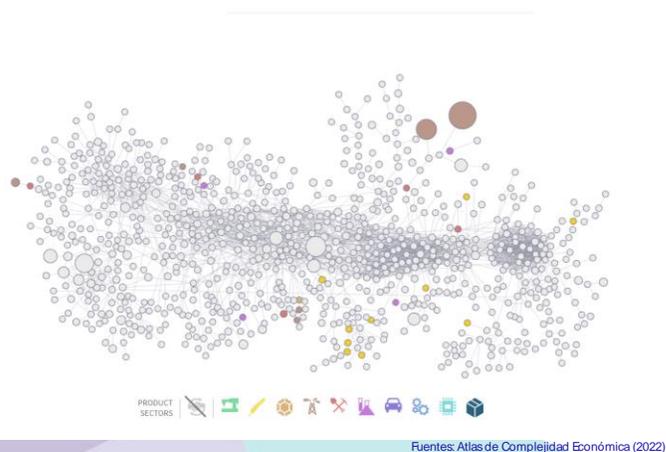
América Latina, que apenas tiene algunos indicios de competitividad en los sectores de explotación de hidrocarburos y minerales, y agricultura, a pesar de que dichas industrias han sufrido grandes pérdidas en los últimos años a nivel local.

En este contexto, la entrada de productos importados, con bajos costos arancelarios asociados a la política de puertos abiertos del gobierno y la dolarización que elimina el maquillaje cambiario de las comparaciones, dejan expuesta las ineficiencias, traducidas en mayores precios de los productores locales: en Venezuela los precios en dólares se han multiplicado por cuatro desde diciembre de 2018.

Espacio productivo – Economía desarrollada



Espacio productivo de Venezuela (2019)



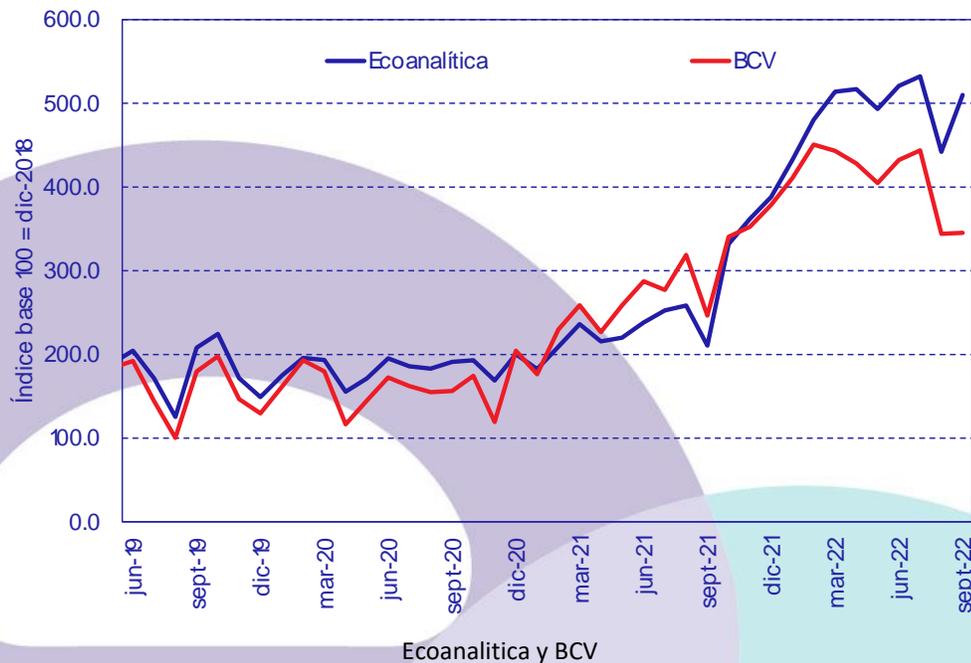
Atlas de Competitividad Económica y Ecoanalítica.

Entendiendo esto, un resultado que es fiel reflejo de los bajos niveles de competitividad, es el encarecimiento de la vida en dólares (USD) en el país, debido a una variedad de factores asociados a fallas internas de las empresas, y a condiciones del entorno:

- Poca eficiencia operativa que implica un aumento de estructuras de costos locales respecto a referencias externas: personal poco capacitado o equipos depreciados.
- Rezago en la actualización de equipos de producción (CAPEX) y baja inversión en herramientas tecnológicas.

- Falla de servicios públicos locales, e incertidumbre en provisión de bienes públicos que obliga a soluciones particulares que encarecen estructuras de costos: inestabilidad en la provisión de combustibles, electricidad, agua, conectividad o inseguridad por presencia de mafias internas.
- Asimetría en los procesos aduanales que crean brechas entre los productos importados a bajo costo y los que deben ser parte de un sistema de pagos corrompido y con procesos irregulares.

Índice de costo de vida en dólares en Venezuela



El habilitador de la competitividad: la transformación digital

En ese sentido, a pesar de que algunos de los problemas están asociados a circunstancias de entorno macroeconómico, la utilización de herramientas tecnológicas facilita en buena medida el impacto que tienen ellas.

Por ejemplo, garantizar la conectividad de forma permanente del sistema a través de una plataforma que cuente en el *back up* con varios proveedores de servicio de internet, podrá mitigar fallas en acceso a navegación que impliquen la paralización de las operaciones de la empresa. Bajar la dependencia física

de los servidores en las empresas y centralizar todo en la “nube” puede solucionar la inoperatividad generada por las averías eléctricas por la posibilidad de trabajar desde cualquier sitio, y en general dedicar menos tiempo a temas administrativos, como coordinación entre departamentos, puede llevar a un mayor desarrollo de las actividades *core* o que son parte de los procesos productivos de la empresa, o incluso a la innovación hacia nuevos productos y servicios. Incluso aspectos como la escasez de capital humano capacitado en el país, es “manejable” para ciertos casos en los que, con ayuda de la tecnología, se pueda mantener al personal remoto.

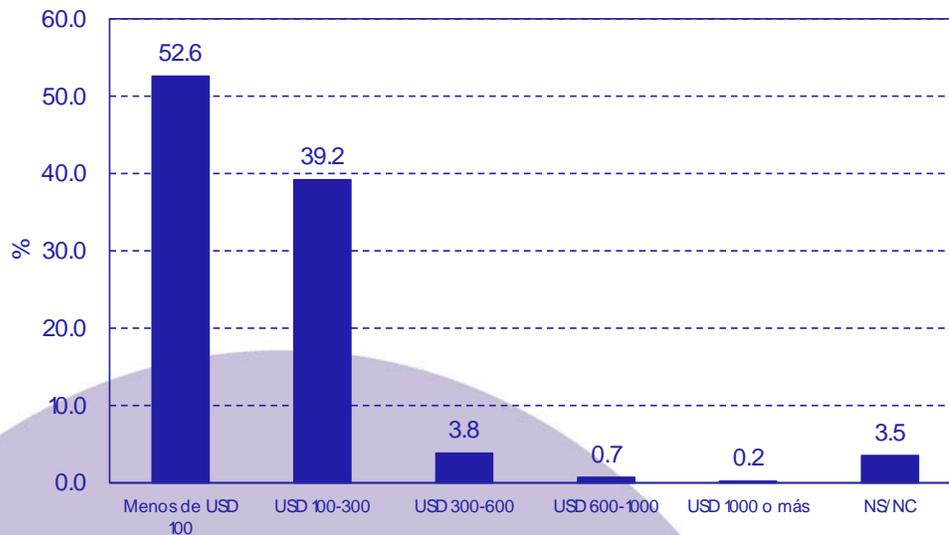
Cada uno de estos elementos, demuestra la necesidad de trabajar en soluciones innovadoras que mejoren las operaciones de las empresas locales y que permitan superar las ineficiencias actuales, empoderando a un sector privado que pueda superar realmente al modelo rentista que derivó en una sociedad dependiente del estado y las importaciones. Entendiendo eso, el encarecimiento de la producción local no sólo hace poco competitiva la oferta local respecto a otros participantes externos en las industrias, sino que, un factor más grave, es que las hace inaccesibles para el venezolano promedio con una capacidad de consumo completamente mermada.

Y esa es la otra arista sobre la necesidad de mantener los mayores niveles de eficiencia posibles en términos de estructuras de costos. Un reciente estudio de More Consulting hecho en conjunto con la Universidad Católica Andrés Bello mostró que el 80% de los venezolanos percibe ingresos mensuales menores a USD 300, mientras que cuando agrupas a hogares, un 74% afirma percibir ingresos menores a los USD 300. Lo que significa que, a estos niveles de ingresos, es claro que cuando caracterizas al consumidor, el bajo poder de compra implica fuertes limitaciones y la priorización por el precio más bajo, incluso por encima de la calidad, como dijimos antes cuando hablábamos de la cobertura sobre la canasta básica, esto ratifica la poca capacidad del consumidor venezolano para cubrir apenas sus necesidades más básicas.

En este sentido, hablar de competitividad, soluciones eficientes y optimización de recursos, y otros elementos asociados a generar ganancias de productividad en el entorno actual, es clave para poder operar en este

mercado, no como una estrategia de largo plazo si no como un elemento necesario desde lo cotidiano, con un consumidor que presenta amplias limitaciones de ingresos y con competidores emergentes que llegan con productos importados a más bajos costos.

Rangos de ingresos individuales



UCAB y More Consulting.

¿Dónde centramos la capacidad de competir en el entorno local y externo en los últimos años?

La competitividad externa está limitada a unos pocos sectores que han tenido un desempeño relevante dentro de las exportaciones privadas en los últimos años, destacando “Bebidas, licores y vinagre” (con un aumento de 164,2% respecto a lo exportado en 2014 hasta 2021), “Carne, pescado y crustáceos, incluyendo sus preparaciones” (104,4%) y “Hierro y Acero” (9,5%) y “Químicos orgánicos” (5%). De hecho, en 2021, los rubros con mayor participación en las exportaciones privadas fueron “Hierro y acero” (25,7%), “Químicos orgánicos” (20,5%), “Carne, pescado y crustáceos, incluyendo sus preparaciones” (19,5%), “Bebidas, licores y vinagre” (6,2%) y “Animales vivos” (5,8%). En conjunto, los rubros señalados representan 77,9% de las exportaciones privadas.

En los casos de “Hierro y acero” como “Químicos orgánicos” pueden ser exportaciones con un grado de participación significativo del sector público. Sin embargo, a falta de datos oficiales, se asume que la mayoría de estas son ejecutadas por privados (con apoyo de industrias públicas).

***Una necesidad: entender nuestras condiciones de competitividad,
¿Cuáles son los sectores ganadores en un momento de transiciones?***

En estas condiciones de baja competitividad de la economía, como resultado de la deteriorada situación de la industria de la que dependían más del 90% de los recursos hace unos años, Venezuela debe construir un nuevo mapa de competitividad⁴, con una visión prospectiva. Es decir, cuales son aquellos sectores más allá del petróleo que Venezuela puede desarrollar y en los cuales puede ser competitiva.

Pensar esto es una tarea pendiente, que incluso ha sido ignorada por gremios, analistas e investigadores. ¿Tenemos ventajas estratégicas en agricultura? Con una amplia disponibilidad de tierras, a pesar de las enormes dificultades competitivas producto de la falta de inversiones en el campo en los últimos años, es una realidad que podemos ser competitivos con el nivel de tierras que tenemos en el país. Si consideras la implementación de nuevos avances tecnológicos, Venezuela podría ser una potencia agrícola importante. Aún con esas condiciones, este año hemos visto crecimientos de dos dígitos en la comparación interanual de la producción de varios productos del campo y la pesca: carne de bovino, azúcar, leche, sardina, arroz, pollo, café, aceite, pasta, embutidos, y en menor medida, pero con crecimiento positivo, las legumbres; a pesar de elementos adversos como la ausencia de financiamiento (aun cuando es el sector que más recibe con cerca de un 40% del total de la cartera), por lo que el techo de este sector es lejano.

De desarrollar la industria del turismo se habla mucho. Pero para ello, se necesitan servicios, desarrollo de infraestructura, construcción de zonas turísticas y planes de formación. En Venezuela tendemos a limitarnos a pensar en los paisajes atractivos, pero eso es lo de menos, cuando se consideran

⁴ Similar al Atlas de productividad de Harvard mostrado antes.

inversiones necesarias por el orden de los 15.000 millones de dólares en servicios públicos, infraestructura, capacitación de personal turístico, seguridad ciudadana y condiciones medioambientales para poder brindar un servicio óptimo en todo el país, sólo posible con acceso a financiamiento o inversión extranjera. El paisaje, el clima y la ubicación del país nos potencia mucho, es el equivalente a las ventajas comparativas en los servicios de turismo, pero no es el único factor. Hay lugares mucho menos atractivos que Venezuela, que mueven diez veces la cantidad de turistas porque tienen la infraestructura y los servicios adecuados, y con ellos habrá que competir para buscar el éxito del turismo a Venezuela.

Igual en el sector salud, uno de los sectores que más está creciendo en Venezuela. Tiene una capacidad instalada de producción y una larga trayectoria en el país, creciendo cerca de dos dígitos por segundo año consecutivo la manufactura farmacéutica.

Incluso el propio sector energético y de hidrocarburos, que como ya hemos comentado, puede ser replanteado como un actor importante para una economía post-petrolera – por medio del desarrollo del gas (sextas reservas probadas del mundo), de la industria petroquímica y el plástico e incluso la metalmecánica que abarca las máquinas industriales y sus partes, incluyendo el potencial que tenemos en la minería de minerales raros o cruciales –coltán (más de 100.000 millones de dólares en Venezuela), cobalto, cobre, aluminio o níquel– que son tan fundamentales para el desarrollo de pantallas, automóviles eléctricos y nuevas fuentes de energía.

Como mencionamos en el cuerpo del texto, la competitividad será central en una visión de largo plazo. Debemos construir identificadores y datos que permitan definir estos sectores de potencial – entender donde hay ventajas: quizás no en la construcción de vehículos, quizás no en la nanotecnología, pero si en la agroindustria, en el turismo o en los servicios que ha demostrado recientemente que le va bien.

Pero estos sectores también tienen otros retos: debido al colapso del sistema educativo – vacilando entre deserción escolar masiva, déficit de educadores, cierres de escuelas y carreras y asfixia presupuestaria a las universidades– la

competitividad que hoy tenemos en sectores como la salud y los servicios puede disminuir con el paso del tiempo porque no habrá una generación de relevo que reemplace a los profesionales con los que cuenta el país hoy.

Sin embargo, una visión optimista luego de todo lo comentado, es que con las reformas necesarias, Venezuela pondrá machar hacia una senda de crecimiento sostenido en la que la mayoría de los ciudadanos puedan desarrollarse, crecer y mejorar su calidad de vida, a través de un modelo que no sea sólo un 'boom' del sector comercial o de importaciones de bienes terminados.

Ningún país está condenado al éxito ni condenado al fracaso. Nuestros vecinos, por ejemplo, vienen de crisis extremadamente duras, pero han logrado mejorar la calidad de vida de mucha de su gente gracias a reformas que han aplicado. La transición que estará viviendo el mundo en los próximos treinta años no tiene por qué convertirse en una condena al fracaso. En cambio, puede ser una oportunidad para el éxito.